

GILES TREMLETT

A detailed oil painting of a young woman, Catalina de Aragón, with her hair styled in a bun and wearing a light blue dress with a dark, patterned collar. The background is a dark, textured blue.

Catalina de Aragón

Reina de Inglaterra

CRÍTICA

Giles Tremlett

Catalina de Aragón

Reina de Inglaterra



Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición en rústica: abril de 2019
Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2023

Catalina de Aragón. Reina de Inglaterra
Giles Tremlett

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Catherine of Aragon*

© Giles Tremlett, 2010

© de la traducción, Efrén del Valle, 2012 Composición: David Pablo

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-479-4
Depósito legal: B. 20.654-2022
2023. Impreso y encuadernado en España



1

La cama

Londres, Palacio Episcopal

14 de noviembre de 1501

La muchacha española con la cabellera castaño rojizo esperaba tumbada en la cama. Había sido un día agotador. Había estado expuesta, observada por miles de ojos extranjeros desde que salió del Palacio Episcopal bajo el frío aire de primera hora de la mañana en Londres. Se había comportado como estaba previsto, manteniendo la compostura durante las interminables horas de la ceremonia nupcial y la misa. Ella, la novia, había caminado elegantemente por las pasarelas elevadas y plataformas de la catedral, volviéndose de un lado a otro para mostrarse al mar de rostros que la contemplaban. Los curiosos miraban embobados desde las ventanas y las galerías para atisbarla enfundada en su vestido español de seda blanca y su extraña falda con vuelos. En la calle se había congregado una multitud que la ovacionaba, y dentro el tumulto era tal que a algunos les resultaba difícil seguir lo que estaba sucediendo. Su nueva familia política estaba encantada.¹

Sin embargo, su día no había terminado en absoluto. El dormitorio del Palacio Episcopal era un hervidero de actividad. Había estado abarrotado durante casi dos horas. Una condesa española y una duquesa inglesa habían supervisado en persona la preparación de la cama nupcial. Un conde inglés había acudido para cerciorarse de que habían realizado el trabajo adecuadamente. Incluso la había probado él mismo, primero de un lado y después del otro, para asegurarse de que era lo bastante cómoda y estaba bien hecha. Al fin y al cabo, no

era una cama cualquiera. Era, como afirmaba un cronista de tan publicitado acontecimiento, *a bed of Estate*, un «lecho de Estado».²

Observada por la comitiva de mujeres, la chica se metió en la cama. No había privacidad. Sus asistentes se aseguraron de que «se tumbara reverentemente y reposara».³ Y, ya descansada, aguardó al pálido joven de quince años, labios delgados y pelo caoba con el que acababa de casarse.

Entonces, el joven con el que había pasado gran parte del día pero con el que apenas había hablado nunca entró en la habitación, acompañado de un séquito de amigos, sirvientes y funcionarios. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a aquel joven serio y de mirada dulce. Su nombre, no obstante, formaba parte de su vida hasta donde le alcanzaba la memoria. Era Arturo, un príncipe de la tierra que había brindado al mundo las exóticas leyendas de Camelot. También era, como primogénito de Enrique VII, heredero al trono de Inglaterra. Algún día, se pensaba, ella sería su reina.

Los acompañantes de Arturo habían pasado casi toda la tarde bebiendo, bailando y satisfaciendo su «placer» y «alborozo».⁴ Es posible que el joven también hubiese bebido bastante vino y cerveza. El hermano menor de Arturo —un enérgico, excitable, robusto y rubicundo⁵ príncipe de diez años llamado Enrique— probablemente era considerado demasiado joven para esta fase última del proceso. El joven Enrique era quien había tomado la mano de Catalina y la había acompañado a la salida de la Catedral de San Pablo sobre la plataforma elevada, por encima del «tumulto y la multitud» de gente atestada en su interior. Un miembro del séquito recordaba que encontraron a Catalina tumbada bajo el cobertor, «como hacen las reinas en ese sentido»,⁶ significara lo que significara eso o supiera lo que supiera al respecto. Luego, todavía bajo la atenta mirada de un grupo de gente, Arturo se estiró junto a ella. El libro de protocolo real estipulaba, ciertamente para circunstancias algo distintas, que el novio debía lucir «camisa con una bata por encima».⁷

Supuestamente, la pareja descansó sobre una sábana especial que cubría las almohadas. Debajo de ellos se superponían varias capas de

paja, lona, un colchón de plumas (todo ello enrollado y golpeado para que no hubiese bultos) y unas sábanas bien tensadas. Encima había más sábanas, mantas y tal vez un cobertor de armiño. La cama debía de tener unos postes que sustentaban medio dosel o un dosel entero sobre sus cabezas. Puede que también hubiese cortinas.

Junto al lecho de la chica, los obispos y prelados recitaban en latín.⁸ Al menos era un idioma que podía comprender. Aquel día, casi todos los actos fuera de la catedral se habían efectuado en inglés, un lenguaje al que apenas empezaba a acostumbrarse. Ahora, buena parte de la cháchara de la habitación debía de desarrollarse en inglés, aunque puede que unos pocos se dirigieran a ella en latín o francés, un idioma que Catalina también podía utilizar. Pocos, excepto sus criados, sabían hablar el español de su patria.

Debía de haber algo reconfortante en los conjuros de los obispos, ya que la chica entendía de oraciones. Los sacerdotes, en calidad de tutores y confesores, eran los hombres a los que había llegado a conocer mejor en sus quince años. Ahora rezaban para que estuviese a salvo en su cama de los demonios de la oscura noche inglesa. El misal indicaba los términos que debían utilizar. «Custodi famulos tuos in hoc lecto quiescentes ab omnibus phantasmaticis daemonum illusionibus: custodi eos vigilantes ut in praeceptis tuis meditentur dormientes, et te per soporem sentiant: ut hic et ubique defensionis tuae muniantur auxilio», habrían entonado.⁹ Abraham, Isaac y Jacob —conocidos veteranos espirituales del Viejo Testamento— fueron invocados para que infundieran su poder a la bendición.

La presencia de los obispos, que rociaron el lecho principesco de agua bendita, significaba que el momento más importante del día estaba a punto de comenzar. Se esperaba que los sacerdotes recordaran a la joven pareja: «Crescant et multiplicentur in longitudine dierum», «creced y multiplicaos hasta el fin de vuestros días». Los obispos no tardaron en retirarse. Fortalecidos por un último trago de vino y confitura con especias,¹⁰ los ruidosos jóvenes, los funcionarios de la corte, la autoritaria *dueña* y el resto dejaron solos a los recién casados.

A Catalina, que todavía se estaba acostumbrando a las incisivas consonantes de su nombre suavizadas en el término inglés «Catheri-

ne», le faltaba un mes para cumplir dieciséis años. Era, o desde luego debía ser, virgen. Eso era lo que los embajadores enviados por sus padres, Isabel y Fernando, los poderosos Reyes Católicos de España, habían proclamado a su suegro y su corte tan solo veinticuatro horas antes.¹¹ Puede que su marido, Arturo, príncipe de Gales y heredero al trono de Inglaterra, fuese más joven, pero su decimocuarto cumpleaños había tenido lugar trece meses antes. La propia Catalina estaba en edad casadera y (al menos en principio) era sexualmente madura desde hacía incluso más tiempo. El acuerdo matrimonial estipulaba unas nupcias tras el catorce aniversario de Arturo.¹² Según las costumbres de la época, eran lo bastante mayores para lo que debería haber acontecido a continuación. ¿Acaso el suegro de Catalina, el rey Enrique, no había sido concebido cuando su madre, Margarita Beaufort, era una niña de solo doce años?

De hecho, todo se reducía a eso. Habían sido años de espera, gran parte de su juventud. Meses de viaje por las montañas, valles y sierras de su patria vinieron seguidos de dos intentos por surcar el mar azotado por la tormenta hasta Inglaterra. Transcurrieron semanas adentrándose en una tierra extraña, oscura y húmeda. Finalmente, en una muestra de esplendor nunca antes vista en Londres, se había casado. Todo ello tenía un único propósito. Su tarea consistía en unir su España natal con su país de adopción, Inglaterra. Debía materializarlo engendrando hijos —preferiblemente varones—, que no solo llevarían la sangre de los Tudor, sino también la de las casas reales de Castilla y Aragón. Dicha labor había de dar comienzo en el mismo lecho nupcial del Palacio Episcopal, en cuanto los curiosos hubieran desaparecido.

¿Se dispusieron aquella noche a «multiplicarse» o no? ¿Unió la pasión, la esperanza o el simple deber sus jóvenes cuerpos y tal vez sus espíritus? ¿O era excesivo para dos adolescentes agotados, inexpertos, abrumados o demasiado excitados? ¿Sabían exactamente cómo realizar lo que se esperaba de ellos? Solo Catalina y su menudo, serio y joven marido sabían lo que sucedió después. ¿Le pareció que tenía una «complexión buena y optimista», como lo recordaba uno de sus amigos? ¿O debajo de la bata y la camisa era tan asombrosamente

«débil» y «delgado» como lo describía después un español que viajaba con Catalina? En las audiencias celebradas años después en Zaragoza, los testigos españoles que servían a Catalina en Inglaterra se mostraron tajantes sobre su impotencia. Arturo se escabulló de la habitación temprano, «sorprendiendo a todo el mundo», y Catalina señaló a un joven perteneciente a su servicio y murmuró a sus damas: «Ojalá mi marido, el príncipe, fuese tan fuerte como ese muchacho, porque me temo que nunca podrá mantener relaciones [sexuales] conmigo». ¹³

¿Cómo comunicaban sus deseos? El latín, aprendido con manuales y practicado con tutores y sacerdotes, era el único idioma que tenían en común. ¿Cómo sonaba ahora esa lengua en la intimidad de una cama?

Ni siquiera doña Elvira, la autoritaria y problemática *dueña* que Catalina había llevado consigo, pareció husmear en sus asuntos, aunque más tarde afirmaría saber con exactitud qué sucedió o no aquella noche. Quizá fue ella quien causó que, más adelante, algunos españoles aseguraran que no se apreciaban las manchas de sangre propias de una virgen en las sábanas. ¹⁴

La cuestión de qué ocurrió encima de la paja, la lona y las plumas se convertiría un cuarto de siglo después en un campo de batalla en torno al cual se obraron cambios de proporciones épicas, ya que el chico murió antes de coronarse rey y convirtió a Catalina de Aragón en una viuda de dieciséis años sin descendencia. Más tarde sería la primera esposa de su hermano menor, Enrique VIII. Mucho tiempo después, Enrique pediría permiso al Papa para abandonarla por sus encuentros sexuales con su hermano. Por ende, sus posibilidades de obtener una nulidad válida se aferraban a la idea de que algo había ocurrido en aquel lecho nupcial.

Sexo, realeza, poder y política europea se daban cita en la cama. Todos los ingredientes de lo que sus conciudadanos del siglo XXI tildarían de culebrón estaban allí. Cotillas e intelectuales desde Bristol hasta Bolonia tenían sus opiniones sobre si la chica y el chico habían cumplido el que había de ser su destino y sobre si ella había pecado al contraer matrimonio con el hermano de su marido. No fue

hasta entonces, mientras los supuestos detalles de la vida sexual de Catalina eran aireados en un tribunal abierto en Londres y Zaragoza, cuando la joven ofreció su versión de aquella noche. Insistió en que no había ocurrido nada en absoluto. Catalina, que intentaba ser perfecta insistentemente, había fracasado en sus deberes conyugales. Su familia española, entre otros, esperaba más.